

CARTA DE UNA DESCONOCIDA

Stefan Zweig

Adaptación de Toni Romero Dedéu

Ilustraciones de Aleix Riu Rius



1. LLEGADA A CASA

Después de una escapada de tres días a la montaña,
el famoso escritor R. volvió a Viena de buena mañana.

Compró un periódico en la estación y, cuando se fijó en la fecha,
recordó que era su cumpleaños.

«Hoy cumpla 41 años», pensó.

Pero no le dio demasiada importancia.

Hojeó el diario

y se fue a casa en un coche de alquiler.

Cuando llegó, su criado le informó

de que, durante los días en los que había estado fuera,

había recibido unas cuantas llamadas telefónicas y dos visitas.

Y le trajo las cartas que había recibido en una bandeja.

Les echó un vistazo sin mucho interés,

y abrió un par de ellas

porque los remitentes¹ le parecieron interesantes.

Dejó apartada a un lado una de las cartas.

Era muy gruesa, quizá demasiado,

y estaba escrita con una letra que le resultaba desconocida.

1. Persona que envía una carta.



Cuando vio que ya tenía el té listo,
se acomodó en la butaca
y volvió a hojear el periódico.

Al cabo de un rato, se encendió un cigarrillo
y cogió la carta que había apartado.

La había escrito una mujer.
Y, por la forma en la que la había escrito, con prisas,
debía estar nerviosa.
Eran más de 20 hojas.
Parecía más una redacción que una carta.

De manera instintiva, volvió a palpar el sobre
por si dentro había quedado alguna nota explicativa.
Estaba vacío.
Y ni en el sobre ni en las hojas constaba la dirección del remitente.
Ni una firma.

«Qué extraño», pensó.
Y volvió a coger la carta.

A modo de título, llevaba escrita esta frase:
A ti, que no me has conocido nunca.
Sorprendido, dejó de leer.
«¿Se refiere a mí o a una persona imaginaria?», pensó.

Sintió curiosidad y comenzó a leer.

2. LA CARTA

Fragmento 1

Ayer murió mi hijo.

He estado tres días y tres noches luchando
para que la gripe no me lo quitara.

Me he pasado 40 horas al lado de su cama,
cogiéndolo de la manita y poniéndole paños fríos en la frente
mientras su cuerpo, ardiente, temblaba por la fiebre.

La tercera noche, he caído rendida.

Los ojos se me cerraban sin darme cuenta.

Me he quedado dormida en la butaca, unas tres o cuatro horas,
y, mientras tanto, la muerte se lo ha llevado.

Y ahora, pobre hijito mío, yace² en su cama de niño,
igual que cuando murió.

Solo le han cerrado los ojitos oscuros,
le han colocado las manos sobre el blanco camisón
y le han encendido una vela en cada esquina de la cama.

No me atrevo a moverme ni a mirarlo,
porque cuando las llamas se mueven
dibujan unas sombras sobre su rostro y parece que aún sigue vivo,
que volverá a despertarse y me dirá algo con su vocecita.

2. Estar tumbado en el suelo o en una cama.

Sé muy bien que está muerto.
Mi hijo está muerto. Y ahora solo te tengo a ti en el mundo.
Solo te tengo a ti, a quien siempre he amado.
Solo a ti, que no sabes nada de mí,
que no me has conocido nunca.

He cogido una vela
y la he puesto sobre la mesa desde la que te escribo.
Necesito sacar todo lo que me quema por dentro
ahora que estoy sola, y mi hijo, muerto.

¿Y a quién podría escribir, sino a ti,
que lo has sido todo para mí, y que lo sigues siendo?

No sé si podré expresarme con mucha claridad.
A lo mejor no consigo que me entiendas.

Me duele todo el cuerpo y tengo la cabeza muy espesa.
Debe ser la fiebre, quizá yo también he cogido la gripe.
Ojalá, porque eso significaría
que podría irme para encontrarme otra vez con mi hijo.

No sé si podré acabar de escribir esta carta,
porque hay momentos en los que la vista se me nubla.
Pero procuraré reunir las pocas fuerzas que me quedan
para hablarte, amor mío.

Por primera vez, quiero explicártelo todo.
Quiero que sepas todos los detalles de mi vida.
Pero no quiero que te sientas obligado a responderme.
Así pues, mi secreto no lo conocerás hasta que esté muerta.
Si aún estuviera viva,
rompería la carta y callaría como he callado siempre.
Pero, si la tienes en tus manos, es porque estoy muerta.

No tienes que asustarte de mis palabras,
una muerta ya no quiere nada:
ni amor, ni compasión, ni consuelo.
Solo te pido una cosa: créete todo lo que te escribo aquí,
porque no hay nadie que mienta
cuando su único hijo se acaba de morir.

Fragmento 2

Mi vida comenzó de verdad el día en que te conocí.
Yo tenía 13 años cuando llegaste tú.
Vivía en el mismo edificio donde vives ahora,
donde ahora mismo estás leyendo esta carta.
Vivía en tu mismo rellano, delante de tu puerta.

Mi madre era viuda y siempre vestía de duelo³.
Yo era una adolescente delgada y más bien menuda.
Estoy segura de que no te acuerdas de nosotras.

Éramos dos mujeres muy tranquilas.
Nunca recibíamos visitas, nadie preguntaba por nosotras.

Quizá nunca oíste nuestros nombres, amor mío.
Y, además, de todo esto ha pasado ya mucho tiempo,
puede que 15 o 16 años.
Estoy segura de que ya no te acuerdas.

Yo, en cambio, me acuerdo con pasión de todos los detalles.
Recuerdo como si fuera hoy el día —e incluso la hora—
en que oí hablar de ti por primera vez.
Y, cuando te vi por primera vez,
el mundo comenzó a girar para mí...
Déjame que te lo explique desde el principio.

3. Vestir de negro para demostrar tristeza por la muerte de un ser querido.

¿Podrías dedicar un cuarto de hora a leer
la historia de alguien que no se ha cansado nunca de amarte?

Antes de instalarte en tu casa,
en tu piso vivían un hombre que bebía mucho vino y su familia,
gente maleducada y amiga de las peleas.
El hombre pegaba a su mujer, y, a menudo,
el ruido de platos rotos y sillas tiradas contra el suelo
nos despertaba de malas maneras por la noche.

Un día, la mujer, despeinada y con sangre saliéndole por la nariz,
corrió escaleras abajo huyendo de su marido,
que iba muy borracho y chillando tras ella.
Menos mal que los vecinos salieron de los pisos
y lo amenazaron con avisar a la policía.

Mi madre evitó desde el principio cualquier relación con esa gente
y me prohibió que hablara con sus hijos.
Ellos, sin embargo, se metían conmigo siempre que podían.
Si nos encontrábamos por la calle, me chillaban palabras groseras,
y un día me lanzaron unas bolas de nieve tan duras
que incluso me salió sangre de la frente.

Todos los vecinos del edificio odiábamos a esa gente,
y cuando un día se armó una buena
—diría que al hombre lo metieron en la cárcel por un robo—
y tuvieron que dejar el piso, todos respiramos más tranquilos.

Durante unos cuantos días, en el portal,
hubo un cartel que decía que se alquilaba el piso.
Poco después, el portero difundió la noticia:
un escritor había alquilado el piso.
Fue entonces cuando oí tu nombre por primera vez.